

Me duermo con el traje de baño puesto porque papi me ha dicho que me va a llevar a la playa, con la escafandra puesta, con las chapaletas y los salvavidas inflables para los bracitos puestos. El traje de baño me lo compró papi y son unas tanguitas azul turquesa que cuando mami las vio le dieron grima y papi lo único que dijo fue: no decían que yo era un loco, vamo a ve qué van a decir ahora. Me lo pongo todo juyendo, porque papi va a venir a buscarme en cualquier momento, eso me ha dicho por teléfono. Yo me levanto tempranísimo, cuando todavía no ha salido ni el sol y meto una toalla en un bulto. Cuando estoy lista me siento en una mecedora en miniatura que me han hecho a mi medida y que, por supuesto, me ha comprado mi papá. Allí estoy meciéndome, meciéndome, meciéndome, hasta que suena el teléfono.

Es papi, que viene por ahí.

Y me traen el desayuno en una bandejita, pan con queso crema y leche. Pero no me pasa nada por la garganta. Y me sigo meciendo con la bandejita en las piernas. Y como a las diez me traen un jarro de helado de champola para que me refresque, pero no me pasa nada por la garganta y me sigo meciendo con la bandejita y el jarro de champola. Como al mediodía vinieron con arroz con coco en un platico y no me lo pude tragar y seguí meciéndome con la bandejita, la champola y el platico. Y yo me sigo meciendo frente al televisor apagado y volteo la escafandra para mirar la calle y veo que el sol está muy fuerte y que parece que la acera fuera a derretirse y que los árboles fueran a derretirse y que el platico, el jarro y la bandejita fueran a derretírseme encima. Mami duerme la siesta, desde aquí se oyen sus ronquidos como silbidos de serpiente y yo sigo meciéndome y meciéndome hasta que suene el teléfono.

Es papi, que viene por ahí.

Cuando mami se levanta me trae un arroz con leche en un pozuelo y me lo deja entre los pies, a las

cinco de la tarde mami entra con una torre de suspiro blanco con flores de azúcar plateada y me la pone en la cabeza, que viene y va con la mecedera con el pan, la leche, la champola, el arroz con leche, el coco, y conmigo que ya no me mezo tanto. A las siete mami empieza a abrirme la boca con un gato hidráulico y ella y un haitiano de la construcción de enfrente que mami ha traído para que la ayude, me introducen un tubo transparente por donde me alimentan a base de natillas de leche y puré de calabacitas blancas.

A todo esto estoy creciendo muy rápido y oigo a los vecinos comentar que a mami se le debe de ir un dineral en mis zapatos. Con la crecedera el traje de baño me aprieta tanto que la piel se ha amoratado, igual con la escafandra, los salvavidas y las chapaletas. Primero vienen las llagas, luego las pústulas. El traje de baño se confunde con mis heridas, igual con la escafandra, los salvavidas y las chapaletas. El arroz con leche, la champola y todo lo demás comienza a descomponerse, mimes y hormigas hacen palacios en las calabacitas. Traen a un sacerdote para que me haga entrar en razón. Ciertas penitencias se convierten en lujo, me dice el cura metiendo un dedo en la champola hedionda y llevándoselo a la boca.

Ya no me mezo. El olor a licra y a sangre es maravilloso. A veces me encienden el televisor para que me entretenga, para que se me olvide y yo cierro los ojos, que los tengo muy secos y en los que tienen que ponerme algodoncitos con hielo.

No te desesperes, es lo único que mami puede decirme. Y yo imagino (ya estoy completamente ciega) cómo mis juguetes se me están poniendo viejos. Cómo la hiedra y el musgo trepan por las paredes de mi fuerte Playmobil. Y sigo esperando.

Y un día, allá adentro en mis oídos, una musiquita comienza a escucharse, primero yo pensaba que eran grillos y chicharras, los animalitos que se alojan en mis llagas, o que los renacuajos albinos, guramis y tilapias que viven en la champola derretida me estaban cantando, era el teléfono. Era papi, que estaba al doblar la esquina.

Y al otro día llamó una novia de papi, que papi estaba enfermo.

Y al otro día llamó un amigo de papi, que a papi lo habían metido preso.

Y al otro día llamó una tía de papi, que a papi lo habían encontrado muerto.

Y al otro día llamó una hermana de papi, que papi no estaba muerto na.

Y al otro día sonó el teléfono y era una operadora que decía que papi estaba del otro lado y que era una llamada de larga distancia.

Y yo no quise, no pude, levantarme. Y mami habló con él y le dijo que todo estaba muy bien, que estábamos todos muy bien, que a mí me iba muy bien en la escuela, que estaba igualita a él.

Y esa noche vino una señora y entró por la ventana cuando todos estaban durmiendo y me dijo que tenía mucha hambre y se fue comiendo uno por uno los postres, las leches abombadas, el arroz con leche que parecía flema, el suspiro marchito, las flores de azúcar oxidadas, los algodones con hielo, hasta los renacuajos, los guramis y las tilapias se las comió y luego lamió los platos, los vasos y los pozuelos hasta que quedaron relucientes y todavía iba lamiéndolos camino a la cocina y allí volvió a fregarlos y a refregarlos cantando una cancioncita y yo misma me saqué el tubito con el que me alimentaban para levantarme y avancé cojeando hasta el control remoto, cuando ya amanecía, para descubrir que había pasado tanto tiempo que ahora en la tele hablaban en inglés. Así que ahora por

la noche en vez del padre nuestro one little two little three little indians, four little five little six little indians, seven little eight, little nine little indians, ten little indian boys and girls. Luego con la cabeza debajo de la almohada trato de imaginarme en qué parte de «al doblar la esquina» está papi y cómo es esta esquina y cómo hay que hacer para doblarla.

Debe de ser con un carro muy grande. O con muchos carros poniendo un carro delante del otro.

Y papi llama y me dice: con quién quieres vivir, con tu papá o con tu mamá? Y yo le digo:

car  
bicycle  
plane  
wheel  
boat  
boot  
blue  
candy  
book  
walkie talkie  
run  
ball  
basketball

Y luego empezaron a llegar las tarjetas que decían merry christmas, happy birthday, happy new year, good luck, happy easter, happy birthday, it's a boy!, it's a girl!, it's a down syndrom martian!, and so on. Tarjetas con relojes, santa closes, duendes, corazones, elefantes, tréboles de cuatro hojas, dinosaurios, trompetas, chimeneas, nieve y a veces muchachitas, angelitas a las que alguien les escribe a un lado con bolígrafo azul: it's you! Tarjetas firmadas por papi y una de sus novias y uno de mis nuevos hermanitos.

Cuando no son tarjetas son muñecas. De trapo de plástico de cerámica china. Pierrots, bailarinas, barbies, muñecas que beben y cagan, muñecas que mudan los dientes, siete muñequitas negras con afros, muñecas con los ojos azules que lloran cuando se les hala el pelo y también recién nacidas calvas.

Y cuando no son muñecas son niñas, campesinitas de mi tamaño con un pelerío en las piernas, con un pelerío en los sobacos, que no usan brasieles, que no usan panties, con un bajito a naranja agria y a jabón de cuaba, a las que mami enseña a usar una gillette, a las que mami les regala sus perfumes, brasieles, pantihoses, pintalabios viejos y ellas se lo ponen todo junto los domingos cuando mami las deja

sentarse en un murito allá afuera para que hablen con los guachimanes y las otras niñas del mundo. Algunas son buenas y me cuentan cuentos de mujeres ahogadas y cabezas de repollo rodando que no eran de repollo sino de gente, algunas me dejan ver las telenovelas con ellas tapándome los ojos cuando en la telenovela van a besarse, pero yo lo veo todo porque ellas me dejan un chin de espacio entre sus dedos para que no me lo pierda. Algunas me enseñan las tetas y si son muy muy buenas hasta más. Algunas me bañan con agua muy fría, dizque que para que me ponga fuerte y esperan a que yo tenga todos mis playmobils en el suelo, en sus puestos de combate, sobre caballitos y tractores, para pasar con un suape mojado con Mistolín arrasando con todo. Casi siempre, al final, mami las bota. Por ladronas, asquerosas, vagas, sinvergüenzas, entrometías, por prietas, por jabás, por banilejas, por haber dicho que eran de San Cristóbal siendo de Elías Piña, por jediondas, por bajo a boca, singasereno, por fumar cigarrillos mentolados que son de cueros y no de muchachas decentes, por tener las teticas paradas cuando viene gente, por respondonas, por usar demasiado cloro, demasiado orégano, por hijas de la gran puta, por tener las agallas así, por tener los cojones así, por usar las gillettes, los perfumes, los pintalabios, los pantihoses nuevos de mami.



Adónde se ha visto. Coño.

Y cuando no son niñeras son las novias mismas. Los vellos filosos de sus piernas recién afeitadas como un cactus contra mi cara. Porque me han hecho esconderme adentro de sus pantihoses. Para que mami no me vea, para que las otras novias de papi no me vean. Se disfrazan de mujeres policía, de compañeras de la universidad de mami, de saloneras, de muchachitas que van al colmado con shores y bajimamas, una hasta se disfrazó de profesora de kinder para secuestrarme y salió juyendo conmigo con mi lonchera y mi mochilita gritando MA ME MI MO MU, PA PE PI PO PU, SA SE SI SO SU sólo para que otra, disfrazada de mami, le saliera al paso gritando TA TE TI TO TU, RA RE RI RO RU y me arrebatara de sus brazos de un tirón (la loncherita del chavo se abre en el aire y en el aire se desparrama la merienda; el termo con su leche, los palitos de queso y el huevo duro). Las profesoras, las amigas de las profesoras y los padres de familia que vienen a buscar a sus hijos se quedan MUDOS.

Ya me secuestran hasta en mi propia casa, frente a los ojos de mami que no se da cuenta de nada, me salen en la tele, me hablan en la radio con sus voces

de pantihose, con sus boquitas de pantihose, con sus trajes hechos de pantihose, pantihoseándome en la cara. Me llevan a sus apartamentos, a sus apartahoteles (que papi paga por adelantado) y me bañan en sus bañeras que llenan de espuma con olor a fresa y hacen que una sirvienta, una de ellas (que papi paga por adelantado), me traiga yuquitas fritas con cachú extra en una bandeja y malteada de vainilla a la bañera. Y me dejan pintarme las uñas, me dejan brincar en la cama, me dejan desvencijarles la cama, me compran una cama nueva todos los días para que yo la desvencije (luego le dicen a papi que es él quien las rompe para que las pague por adelantado). Cuando estoy estreñida me untan vaselina y me sacan los mojonos con las uñas rojas y largas que tienen todas las novias de mi papá.

Cuando no son las novias es ella, la cubana, a la que papi manda con un documento firmado por él que dice que ella sí, que mami debe hacerme una maleta y entregarme, que voy por fin a reunirme con mi padre y mami no se fía (con tanta disfrazadera) y hace que el Doctor Lerux (el Doctor Lerux es muy viejo) inspeccione el documento, pero mami no se fía (con tanta secuestradera) y hace que el Doctor Bisonó inspeccione al Doctor Lerux antes de que éste inspeccione el documento, pero

mami no se fía (cómo está este mundo) y hace que el Doctor Jiminián inspeccione al Doctor Bisonó y a todo su árbol genealógico antes de que éste inspeccione al Doctor Lerux y así hasta el infinito. Antes de que yo pudiera coger el avión hacia papi, una turba de doctores se metían espéculos unos a otros en la sala de la casa mientras yo decidía con la cubana si debía llevarme el peluchito de la abejita Maya o no.

Al fin nos vamos. Yo estoy muy contenta y mami se seca una lagrimita antes de dejarme salir a la pista con mi vestidito de lino amarillo y el sol es espléndido y carritos de Playmobil cargando maletas juegan a izquierda y derecha y cuando alcanzo el último escalón para subir al avión me volteo y digo adiós, aunque no hay nadie en la pista, sólo rayas amarillas y blancas, pero yo sé que mami está también moviendo su mano para decirme adiós en alguna parte, rodeada por un corrillo de doctores (todos muy viejos y con ganas de seguir examinándose) que le palmean el hombro a mami y le dicen que esto va a ser muy provechoso para ambas.

Ahora que estoy más tranquila y que el avión ha despegado y que la cubana me ha explicado por qué tengo que ponerme el cinturón, me doy cuen-

ta de que es la mujer más linda que yo haya visto en mi vida. Y oigo una voz que dice: la mujer más linda que he visto en mi vida. Luego ella me dice que yo soy muy linda y le vomito encima. Inmediatamente vino una azafata a limpiar el reguero, cuando se iba con los trapos sucios me entregó una fundita por si la cubana me decía que yo era linda otra vez. Y luego la azafata me guiñó un ojo, que es lo que me hacen las novias de papi cuando están disfrazadas para que yo las reconozca.

La cubana, que tiene manos muy suavécitas y con uñas cortas y pintadas con un leve brillo como el que usa papi, me rodea con su brazo y la seda de su blusa es ahora la tela más deliciosa que me ha tocado en mi vida y yo recuesto mi cabecita en su pecho y ella me hace caricias en el pelo y yo entonces siento que estamos volando y entiendo de repente que hay miles y miles de pies entre mi mecedorita, mis juegos, mi mamá y yo, y cerrando los párpados pesados alguien me pinta una sonrisa en la cara con un pincel.

Me zarandean, me zarandean y es la cubana que me zarandea y me despierto y ella está vestida de camuflaje y tiene una gorra verde en la cabeza y un puro en la boca y una barba de mentira y yo me

pregunto de qué estará disfrazada ahora. La cubana tiene a la azafata amenazada contra la puerta del baño dándole piquetitos con un cuchillito de plástico azul celeste y luego se abre paso ayudándose con un cortauñas hacia la cabina, los pasajeros colaboran, todos han leído en revistas turísticas cómo los terroristas cubanos hacen que los aviones aterricen en Cuba con la única intención de recoger disidentes, así que colaboramos, todos muy calladitos, y cuando el avión aterriza en La Habana me acerco a la ventanilla y veo cómo la cubana, arreglándose la barba que se le destempla, baja colegialas con uniformes de pioneras de un camión y las ayuda a acomodarse en el compartimiento del equipaje, todas muy bellas, todas para papi, que (nunca mejor dicho) se las trae.

Cuando vuelvo a despertarme estoy en una habitación que no conozco. Me levanto y mis pies se sorprenden de la alfombra. Salgo a un pasillo y el aire huele a nuevo, a cosas recién sacadas de la caja, a Barbies. Me animo, me limpio los ojos con los nudillos y busco otra puerta para abrirla.

Quizás esto sea Nueva York o Miami.

Quizás esto sea la casa de papi.

Abrí una puerta y sobre la cama con sábanas negras lo único que se veía era un hombro sobre el que caían mechadas de pelo castaño y yo quería tocar este hombro y que con mi caricia la dueña de este hombro que dormía desnuda boca abajo junto a mi padre se diera la vuelta y que sin despertarse demasiado me besara en la boca. Y yo nunca había deseado algo tanto en mi vida.

Aquel hombro cubierto con aquel pelo que olía a fresa me necesitaba, me estaba llamando, yo lo miraba desde la puerta y luego desde el borde de la cama de mi papá, y muy pronto yo estaba tan cerca que casi tocaba con mi nariz las hebras del cabello y el hombro. Ya sentía el vómito loco por reventarme la garganta, por eso salí del cuarto y las náuseas se me fueron calmando y ya en la sala encendí el televisor que papi había comprado un día antes, era enorme. Me mantuve de pie junto al aparato presionando con el dedo (y tenía la uñita sucia) el botón que decía CHANNEL sin mirar hacia la pantalla y cuando me detuve ahí estaba el programa de Jimmy Swagert que yo veía con mi mamá en Santo Domingo, en el que la gente tira las muletas para arriba y dice aleluya. A mí me gusta cómo la gente dice aleluya y ahora que no había intérpre-

te y Jimmy hablaba completamente en inglés, lo único que se entendía eran los aleluyas. Y yo pensé que si entendía los aleluyas era porque yo ya sabía inglés. Y pensé: aleluya. Y dije: aleluya. Y sentí los brazos de María Cristina (aleluya), la novia cubana de papi (aleluya), rodeándome. Y su boca muy cerca de mi oído preguntándome: qué haces, loquita?

Y yo que en aquel entonces era bien chiquitita, me volví más pequeñita todavía para que María Cristina pudiera levantarme del suelo y me diera un beso en el cuello, en la mejilla, en los ojos, en la barriguita, levantándome el pijama del hombre araña.

Y yo me dejaba. Yo me dejaba.

Y luego María Cristina y yo ponemos MTV y ella, que sabe un poco más de inglés que yo, me va enseñando las letras de las canciones que me gustan y a mí me gusta mucho una que dice let's hear it for the boys, ah, let's give the boys a hand ehh yeh ehhh yeah. Música americana. Música americana. Y María Cristina y yo bailamos y bailamos y bailamos, y ya no hay quien nos quite MTV y no hay quien nos quite MTV. Y cuando vamos a salir María Cristina y yo nos duchamos juntas y nos peinamos juntas y ella me enseña a combinar los colores de mi ropa,

de toda la ropa que papi nos ha comprado. Y me dice que tengo que aprender todo esto para que no me digan guajira como le decían a ella cuando acababa de llegar. Ella llegó en un barco lleno de gente. Y yo la imagino de mi tamaño con un vestido de estopilla blanca mirando el mar. María Cristina. Y esto me lo cuenta todas las noches para dormirme, entra en la habitación que ella y papi me han preparado, con dos camitas por si se queda a dormir una amiguita, con una mesita amarilla entre las dos camas y una lámpara que esparce una luz anaranjada sobre las almohadas y las sábanas, me cubre con la manta y se acuesta a mi lado sobre su costado, poniendo una pierna sobre mí y yo siento el peso de su pierna y el olor a fresa de su pelo y el grosor de sus cejas y con un dedito en la oscuridad recorro una de ellas.

María Cristina me deja crackear huevos para un bizcocho, lo hago mal, me deja intentar otra vez. Tres veces. María Cristina me deja ponerme sus lentes de sol y meterme diez pastillas de chicle al mismo tiempo. Vamos al súper y yo me subo en la parte delantera del carrito porque ya estoy muy grande para la parrilla y María Cristina empuja duro y sube los pies para que las dos rodemos por el pasillo y le sacamos la lengua a las viejitas en shorts

y andador frente a la avena Quaker y le sacamos la lengua al boricua agachado que le pone precios a las sardinas. Y nos quedamos viendo a otra vieja que le habla a las latas de leche en polvo ninety nine cents for christ sake. Y María Cristina me agarra la mano para cruzar la calle y ya no se la suelto, y en mi mente las palabras nuevas que me ha enseñado también le agarran la mano.

Y a contar hasta twenty.

Todo esto cuando es sábado o domingo, porque el resto de la semana viene la babysitter a sacarme piojos. Que no es cubana sino venezolana, pero que también es novia de papi. Papi le dijo que yo tenía muchos piojos, que estaba cundía y que había que sacármelos todos. Los piojos los traje en la cabeza, me los pegaron en la escuela y cuando a todos los otros niños se les habían muerto hacía tiempo, conmigo todavía hacían fiesta. Y cómo gozaban las profesoras matándomelos. Y cómo me libraba yo de hacer tareas, de restar, de sumar, de escribir cien veces mi mamá me ama, por los benditos piojos con los que la profe se entretenía, un día hasta un libro trajo y comparaba los míos (gordos como habichuelitas) con los del libro, que retoñaban en mis cabellos y patinaban en mis mechones y en-

tonces mami decía que hubiera sido mejor que yo tuviera pelo malo, mami pedía que el pelo se me pusiera malo como el de los prietos para que los malditos piojos se enredaran en un afro y perecieran asfixiados. Yo los oía cantando y bailando a toda hora, borrachos con mi sangre tan dulce, y me rascaba con las dos manos y a veces le pedía a mis amiguitos que, por favor, me ayudaran a rascarme.

Y fue por esto que me cortaron el cabello como a un varón.

Y fue por eso que cuando jugábamos al papá y a la mamá mis amiguitas querían que yo fuera el papá.

Y fue por eso que me le subí encima a Natasha debajo de su cama.

(Y a Mónica y a Sunyi y a Renata y a Jessy y a Franchy y a Zunilda y a Ivecita)

Y fue por eso que doña Victoria, la abuelita de Natasha, le dio un correazo.

(Y a Paola y a Lily y a Sandrita y a Gabi y a Julia y a Karina)



Y fue por eso que mami empezó a ponerme vestidos solamente.

(Y a Verónica y a Claudia y a Laurita)

Y fue por eso que cuando yo corría y me caía se me pelaban las piernas y las rodillas.

(Y a Katy y a Daniela y a Ana María)

Y fue por eso que se me hicieron dos costras en las rodillas.

(Y a Nicole y a Charo y a Carla Patricia)

Y fue por eso que mami comenzó a ponerme pantalones solamente.

(Y a Larissa y a Fenix y a Lisa y a Consuelo y a Aimée y a Melissa)

Y los piojos seguían chupándome la sangre.

La babysitter tiene esto bien claro. Me lava la cabeza con un producto que me ha comprado papi que pica más que los piojos y luego la babysitter me seca el pelo con el blower en high para que los

piojos se queden fritos. Cuando termina me prepara una lata de Chef Boyardee y las orejas calcinadas se me caen en el plato sobre los spaghetti & meatballs.

Por la tarde vamos a la piscina del condominio, que está llena de niños de todos los tamaños y colores que se persiguen o se empujan o se suben en los hombros de los otros sosteniendo figuritas de Luke Skywalker o de Darth Vader en una mano. Y a mí me encanta sentarme en el borde antes de meterme y ver cómo llegan secos y se tiran de cabeza o recogiendo el cuerpo para hacer bombazos sacando agua, y algunos, que se atreven a usar el trampolín, ejecutan saltos mortales y caen con la panza o la espalda y luego suben la escalerita retorciéndose como lagartijas por la picazón. Yo les grito: SOBATE QUE NO HAY BENGUE. Y otro cae de cara y yo le grito: SOBATE QUE NO HAY BENGUE. Y ellos me gritan cosas para atrás que yo no entiendo porque, aunque algunos son más chiquitos que yo, ya saben más inglés que el diablo.

De repente un rubito que hace rato que se tira del trampolín se jarta de oírme diciéndole SOBATE QUE NO HAY BENGUE y me saca el dedo del medio. Ya en mi país me han explicado en la escuela lo que

eso significa, Raúl y Julio César me dijeron que si yo les enseñaba los panties ellos me lo explicaban y nos fuimos detrás de una guagua a realizar el intercambio, pero yo apenas puedo recoger la mano en ese gesto y a veces se me quedan más dedos de la cuenta afuera así que no se lo digo con el dedo, se lo digo con la boca: TU MALDITA MADRE HIJO DE LA GRAN PUTA METETE UN DEO EN EL CULO. Y el rubito le hace señas a un chamaquito con traje de baño verde que le explica: she says you're a SOB. Y el rubito, sentado en el trampolín con los pies guindando, comienza a ponerse colorado, y las gotitas de agua y cloro que tiene en el cuerpo se le evaporan y las pecas se le ponen osuuuuras y las venas (ay las venas) gordas y más gordas igualitas a como se le ponen a una amiga de Manuel Moretta.

El rubito me está tirando rayos paralizantes, va a saltar desde el trampolín hasta mi cuello y va a ahogarme, junto a la cerca mi babysitter se arregla la tanga conversando con el salvavidas sin saber que me van a matar, que voy a terminar llena de agua y cloro (con lo mal que sabe). Pero de repente un brazo musculoso sale de la piscina (por debajo del trampolín, por debajo del rubio), un brazo con mollereros (que se veían de lejos) que salió del agua

como los muertos del video de Michael Jackson sacaban brazos de sus tumbas. Y el brazo se agarra de una pierna del rubito y jala y jala y jala y lo arrastra hacia las profundidades azuloas en las que un letrerito dice 18 ft.

Desde aquí arriba se ve una masa oscura debatiéndose, y el sol macabro sacándole brillitos a la superficie del agua. Los demás muchachitos corren a sus casas y otros se quedan quietos como yo mirando hacia abajo. Junto a la cerca el salvavidas le arregla la tanga a mi babysitter.

El rubio asciende, saca la cabeza y vemos sus lágrimas, sus mocos que se confunden con el agua y el cloro. Gime fuertemente y sale de la piscina y ya está llegando a su casa abrazándose la barriga. Me da un poco de pena. El dueño del brazo se queda allá abajo, como una mancha marrón, como un sapo. La babysitter viene con una toalla y me hace caminar, y yo le pregunto, volteando para la piscina todo el camino, que si se dio cuenta y ella me responde que sí chama, que al salvavidas se le salía la baba por ella.

Esa noche vienen los cubanos a jugar monopolio con papi, los cubanos juegan con dinero de ver-

dad. Son tres, uno joven y dos viejos que fuman puros y escupen en la alfombra de papi. Tienen unos guillos y cadenas de oro más gordas que las de papi y cuando me acerco para llevarles unas picaderas que María Cristina les ha preparado el más viejo me dice que tengo una estrella. Yo me la busco en la ropa, como si fuera una mancha y él se ríe. Jua jua jua. Y se hace rotar el anillo más gordo en el dedo. Papi juega riéndose y haciendo muchos chistes y los cubanos se destornillan de la risa como si fueran a hacerse pipí. Luego yo voy y me siento en las piernas de papi y él tira los dados y cae en Paseo Tablado y compra y muy pronto una cadena de condominios y hoteles se levanta en el tablero, y cada edificio tiene el nombre de un familiar de papi, Leysi I, Leysi II y Leysi III como su hermana menor, Apartahotel Cilí como su mamá, y en uno de los hoteles China, como se llama su otra hermana, un restaurante que se llama Cristi's. A mi nombre le toca una calle y a papi una avenida y un aeropuerto.

Me siento optimista, le dice papi al cubano más viejo metiéndose una picadera en la boca y yo le pregunto a papi que qué significa optimista y él me dice, lamiéndose la salsa agridulce de un dedo, que optimista significa ser un hijo de puta.

Una tarde María Cristina me pide que la acompañe al súper y yo corro tras ella para alcanzarla y al pasar junto a la piscina veo al sapo oscuro allá en el fondo. Cuando volvemos con las fundas del súper (yo la ayudo con la que tiene las bananas) la mancha está allá abajo todavía. Por la noche papi tiene un barbecue en la piscina y estamos preparándolo todo (yo ayudo a poner el mantel), se encienden las luces en el agua y la mancha sube despacio, como una sirena. La mancha se acerca a la escalera y el brazo sale y se agarra, el brazo musculoso de un niño con brazos muy fuertes, muy mojado, de pelo negro un poco demasiado largo y María Cristina lo saluda: hi, Kiki. Y Kiki se sostiene con ambas manos de la baranda de la escalerilla y da un salto y otro y otro con su única pierna hasta donde está María Cristina que le pasa una lata de Coca-Cola sonriéndole. Yo nací así, me dice Kiki, cuando los amigos de papi ya estaban llegando a la piscina con mujeres en bikini, jóvenes y viejas que sostienen sus latas de cervezas con el dedo meñique levantado como una antenita y que bailan merengue sin soltar la lata. Hasta yo bailo. Y Kiki también baila con sus muletas. La música está muy alta y la gente está muy contenta, bebiendo y recogiendo pedazos de carne del barbecue al que papi con su de-

lantal verde que en letras amarillas dice Master #1 le atiza los carbones. En la piscina algunos amigos de papi jugaban a tirar sus relojes Bulova hasta el fondo para ver quién llegaba primero a recogerlos.

Cuando todos mis piojos estén muertos van a llevarme a Disney, le digo a Kiki. Voy a conocer a Mickey y a Tribilín. ¿Hay gente adentro de los mickey mouses y los pato donalds? I don't know, i don't think so, me dice Kiki y luego me recomienda: when all your piojos are dead deberías ir a Epcot Center, el centro del universo. Y ya estamos dentro de la casa porque, y papi nos lo dice pegando los labios de la cerveza como besándola mientras nos apura a salir del área de la piscina: esto no es para niños. En la tele Charlie Brown participa en un spelling bee contest, a los que fallan las cabezas les explotan como globos haciendo pop, taumachy, pop, pop, lugubriously, pop, outlandish.

Pop.

Papi me despierta retirándome la sábana en un solo movimiento como esa gente que saca los manteles y deja la vajilla intacta. Me jala hasta la piscina adonde la fiesta continúa, yo no entiendo nada, una

morena con bikini se le pega a papi de la cadera sobándole los pelitos del pecho y María Cristina pone una cara y papi la jala para atrás y se la pega de la cadera que tiene libre y María Cristina pone una cara y papi le dice en el oído: vamos a gozar mamita, arreglándole la tanga a la morena.

Y luego, apretándolas a las dos por la cintura, papi alza la voz y anuncia: ahora, mi hija va a cantar para todos ustedes algo que nos tiene preparado.

El público son ustedes y yo me tomo mi tiempo. El público son ustedes que en cuanto yo hago como que voy a abrir la boca se freezean como piedras, esperando que el tiempo pase por ustedes y yo soy el tiempo que va a pasarles por encima, como una canción, como un milagroso evento de luz que va a devolverles su tiempo, el de antes, el que vuelve a contarse en segundos y minutos y que irrumpe junto con los aplausos, como un río de gravilla y canicas, como un millón de maracas hechas de relojes.

Ustedes son así, bruticos, burlones, cínicos, barrigocitos, buchúos, criticones, fanáticos, crueles, capaces de un amor que todo lo perdona y todo lo engrandece. Con mal gusto, sin él, con tantas cade-

nas y novias que ya ni se les ven, que ya son, ustedes, sus novias y sus indumentarias, una sola cosa, un mar oscuro frente a mí, que soy la única iluminada, la única que recibe esa luz blanca que sale de un punto redondo desde el fondo del espacio y que me señala y me persigue sobre el escenario. Y a veces una luz parpadea desde el mar negro como un pez fosforescente. A veces una, dos, tres luces al mismo tiempo.

Pero todavía no he salido de mi camerino. Todavía me alumbran otras luces, las de los bombillitas en el marco de un espejo en el que he colocado fotos de mi papi, mías y de mi papi cuando todavía estaba vivo y me cargaba como una carterita con mis piernas alrededor de su costado y mis manitas cruzadas sobre su hombro y en la foto detrás de nosotros los delfines del Miami Sea Aquarium hacían volteretas en el aire a la espera de una lata de salmón. Beso la foto y hago la señal de la cruz, me levanto sacando un cubo del hielo que enfría la botella de champagne para chuparlo y ahí están las camisas de seda negra, diecisiete, y los pantalones de gabardina negra a los que una negra con una plancha les ha sacado un filo que atravesaría el metal como un cuchillo japonés.

Acerco el dedo al filo y lo retiro inmediatamente como si me hubiera quemado diciendo con una voz que no es mía: impresionante.

Extraigo las perchas y procedo. Primero el pantalón y luego la camisa que cuando ya la tengo abotonada alguien viene a sacudirme o a librarla de una pelusa con una pinza.

Me cierro el pantalón, el zipper rueda eructando y afuera el murmullo impaciente ha degenerado en un millón de pies tronando contra el piso y palmas acompasadas que piden mi cabeza, que se meten un dedo, dos dedos a la boca para pitar disparando saliva y ruido. Yo imagino caras y manos en éste o aquel silbido, en medio de la gritería glotona surgen la papada, las manos, los anillos, las uñas postizas, los dientes que sonrían exageradamente de quienes allá afuera gritan, casi ensayados: SI NO SALES AHORA, AQUÍ VA A HABER CANDELA, SI NO SALES AHORA, AQUÍ VA A HABER CANDELA.

Me meto otro hielo en la boca y lo mastico. Cuando mis dientes terminan de crujir una orquesta invisible que se afana alrededor de instrumentos de cuerda y de viento se escucha y la gente oye la pri-



mera nota y comienzan a sangrar por la nariz, se zarandean por los hombros unos a otros con los ojos en blanco, se vomitan encima, lanzan sus muletas para arriba, se ponen malos, se cagan, se dan culatazos, codazos, se ponen de pie, todos al mismo tiempo, para recibirme.

AQUÍ VENGO. AQUÍ VENGO. Y AQUÍ ESTOY arrastrando el pantalón de papi (que me han grapado hacia arriba y que me cubre las sandalias de goma), la camisa de seda de papi (que hace poco por detener este viento que me traspasa) y las patillas y bigote de magic marker azul y me quedo callada mientras la música avanza para que ustedes se callen como si fuera para siempre, como si se hubieran muerto, y escuchen lo que tengo que decirles.

*Yo soy aquél que cada noche te persigue, yo soy aquél que por tenerte ya no vive...*

La piscina refulge con un brillo interestelar y mientras hago las mímicas de la canción de Raphael sosteniendo un cepillo de pelo como si fuera un micrófono distingo los cuerpos de las novias de papi que ahora se esmeran en aglomerar las camas flotadoras y los muñecos inflables en una esquina de la piscina para hacerse espacio e improvisar una co-

reografía de nado sincronizado. Afuera del agua nadie se mueve. Papi está sentado en un chaise longue con María Cristina en sus piernas que me mira con unos ojos que chisporrotean como siempre sus ojos chisporrotean como fuegos artificiales.

*El que te espera, el que te sueña, aquél que reza cada noche por tu amor...*

Y hago los gestos que he hecho cien veces frente al espejo; cierro un puño, extendiendo un brazo como si llevara una bandeja, levanto la barbilla, cierro los ojos, golpeo el aire con la quijada, me imagino que papi o mami han muerto para que los ojos me brillen como si estuviera a punto de llorar y lo logro siempre. La gente babea, con caras de pánico. Y cuando Raphael de España está de nuevo diciendo yo soy aquél a través de mí, comienzo a descender del escenario, que es en realidad una mesa de fibra de vidrio a la que le han quitado el paragüita.

Desciendo muy lentamente primero, para no caerme, sin dejar de hacer los gestos, sin dejar de hacer mímicas y ya en el suelo la miro.

Y ella me devuelve la mirada. Y yo la miro más y en mi mente los ataúdes de papi y de mami descien-

den simultáneamente para que dos lágrimas se mantengan coaguladas en la punta de mis ojos. Y sigo mirando a María Cristina mientras me acerco, lentamente, y cuando casi puedo rozar su nariz con la mía

*Y estoy aquí, aquí, para quererte,  
y estoy aquí, aquí, para adorarte,  
y estoy aquí, aquí para pedirte...*

le agarro la mano, luego el brazo hasta rodear su cintura y con la otra me aferro a la escalerilla que me ha lanzado Kiki desde la nave suspendida silenciosa en el aire sobre mi show y que le hemos robado a uno de los invitados. Kiki maniobra hacia arriba alcanzando altura y María Cristina y yo nos despegamos del suelo y de papi muy deprisa, mientras nos besamos con los ojos cerrados y yo soy tan fuerte que mi brazo de ocho años nos sostiene a ambas y allá abajo, las piernas de todas las novias de papi erectas sobre el agua luminosa culminan su proyecto coreográfico junto a la voz de Raphael que ya sin mi boca finaliza: *AMOOOOOOR, AMOOOOOOR, AMOOOOOOR.*

Eso es lo único que se oye. Papi y sus socios repartiéndoselo todo, billetes de mil, billetes premiados de la Lotería, relojes, cadenas, fundas de plástico llenas de prendas de oro, sacacorchos marca porsche, mil millones de pesos en billetes de a cinco, one for you one for me, el menudo se lo echan a las matas.

Los socios de papi tienen todos una barriguita y bigotes y relojes de oro como el de papi, y te hablan como si usaran walkie talkies aunque uno esté al lado de ellos. Papi y ellos se abrazan mucho y se golpean la espalda con las manos abiertas, sobre todo cuando acaban de venderle un carro o dos a tu maldita madre y se reparten los billetes encima del escritorio de papi, one for you one for me. Los socios de papi son casi todos más viejos que él, to-